

NOTA CRÍTICA DE LIBRO

La economía del bien común

Jean Tirole

Penguin Random House Grupo Editorial, España

2017

552 páginas

Por:

Elizabeth Pasteris

Facultad de Ciencias Económicas - UNCUYO

Mendoza, Argentina

Jean Tirole recibió el Premio Nobel de Economía en el año 2014, en mérito a sus análisis sobre estructuras y funcionamiento de los mercados y la regulación, materias de creciente importancia teórica y práctica en las últimas décadas. Su producción se caracteriza por el rigor y la innovación metodológica y es material de estudio en los cursos de posgrado de Organización Industrial de las principales universidades del mundo. La idea de este libro, según expresa el propio autor, surge a partir de su toma de conciencia sobre el deber de difundir los principios de la economía, más allá del círculo de responsables políticos y económicos, sin sacrificar el fundamento científico. Así, *La economía del bien común* se propone responder a dos preguntas fundamentales: ¿qué ha sido de la búsqueda del bien común? y ¿en qué medida la economía puede contribuir a su realización? Para hacerlo, se tratan temas tan diversos como las orientaciones actuales de la investigación económica, la profesión de economista, el rol del Estado en la sociedad moderna, el cambio climático, el mercado laboral y la economía digital, entre otros. El texto está redactado de modo amigable, para facilitar su lectura al público no experto, aportando los fundamentos científicos mediante referencias aclaratorias y la remisión a los artículos que justifican las afirmaciones del autor. Sus páginas son una invitación a reflexionar sobre los principales temas de la agenda pública, sobre la base del conocimiento de los principios actuales de la economía, poniendo en duda una buena cantidad de prejuicios en el debate político de estos temas.

La publicación está organizada en cinco grandes partes. La primera trata de la relación de la sociedad con la economía en su calidad de disciplina y paradigma, y se desarrolla en los dos primeros capítulos. La segunda, que ocupa los dos siguientes, está dedicada a la profesión del economista, desde su labor cotidiana como investigador hasta su rol en la sociedad. Estado y mercado, las dos instituciones centrales de las economías de mercado, constituyen el tópico de los tres capítulos que integran la tercera parte. El cuarto tema corresponde a los grandes desafíos macroeconómicos actuales: clima, desempleo, euro y finanzas y se desarrolla en cinco capítulos. Finalmente, en los cinco últimos, se trata un conjunto de cuestiones microeconómicas agrupadas bajo el título de «desafío industrial», que incluyen la política de defensa de la competencia y la política industrial, la revolución digital, la innovación y la regulación sectorial. En esta reseña haré especial referencia a los tópicos que, o bien resultan, en mi opinión, de mayor aporte por su contenido anticipatorio, o bien caben más cómodamente en mi limitado ámbito de conocimiento.

Esto, unido a la notable cantidad de tópicos tratados en el libro, originará sin dudas un desbalance, por el que pido anticipadamente disculpas.

Tirole parte del principio de la validez de los incentivos como motivadores de la conducta de la gente. Ya sean materiales o sociales, unidos a las preferencias, definen el comportamiento de las personas. Tal conducta puede, en ciertos casos, redundar en contra del interés colectivo. Es por ello que la búsqueda del bien común requiere de instituciones cuyo objetivo sea conciliar, en la medida de lo posible, el interés individual con el colectivo. El autor define claramente su posición cuando expresa que la sociedad no debe elegir entre Estado y mercado. Es que Estado y mercado son instituciones complementarias y no sustitutas. El mercado necesita regulación y el Estado, por su parte, competencia e incentivos. Sin embargo, considera que la economía de mercado, si bien ha terminado imponiéndose en la mayor parte del mundo frente al fracaso de las economías planificadas, no cuenta con el apoyo de la mayor parte de la población. El mercado se acepta con un fatalismo unido, en algunos casos, a la indignación.

El hilo conductor del libro es la teoría de la información, considerada por el autor como la innovación fundamental de la economía en las cuatro últimas décadas y disciplina a la que el propio autor ha hecho muy importantes aportes. Junto con la Teoría de Juegos, afirma, ha revolucionado todos los ámbitos de la economía, donde se ha utilizado exitosamente, lo mismo que en la biología evolucionista, en la ciencia política y, en menor medida, en sociología, psicología e historia.

Al presentar su visión de la economía enfatiza que no tiene como objetivo sustituir a la sociedad a la hora de definir el concepto de bien común. Pero puede colaborar de dos modos. Por una parte, puede orientar el debate hacia los objetivos, diferenciándolos de los instrumentos. Por otra, al considerar al bien común como la meta final, puede desarrollar los instrumentos para contribuir a alcanzarla. Tirole destaca que el rol de los economistas no es tomar decisiones, sino identificar las regularidades que estructuran la economía y compartir con los interesados los conocimientos de la ciencia económica. Considera que reflexionar sobre el aporte de los economistas a la sociedad es una tarea legítima y necesaria, ya que sus investigaciones son muchas veces financiadas por el Estado y, como asesores, influyen en las más diversas decisiones de política económica, afectando directamente a la comunidad. En su opinión, el concepto del «intelectual comprometido» puede suscitar reservas, por diversas razones. La primera es que el científico que brinda un mensaje con algún grado de compromiso político se expone a sufrir el descrédito resultante de esta asociación. La segunda es que tal compromiso puede limitar su libertad de pensamiento. La tercera, es que el tiempo del investigador no es el del político, como no lo son sus respectivas obligaciones. En síntesis, considera que la relación entre el científico y el político no es cómoda, aunque muchos hombres y mujeres políticos manifiesten una interesante curiosidad intelectual. Al leer este desarrollo, quien haya estudiado sus artículos y su libro emblemático (*La teoría de*

la Organización Industrial) no puede menos que pensar que probablemente esté haciendo referencia, al menos en parte, a su propia condición de científico riguroso, valiente y comprometido con la ciencia económica.

El libro también aborda el problema del carácter científico de la economía. Considera que está claro que es una disciplina científica, ya que las hipótesis se explicitan claramente, las conclusiones y su ámbito de validez se obtienen mediante un razonamiento lógico, conforme al método deductivo, y dichas conclusiones se verifican gracias a un instrumento estadístico. Pero reconoce inmediatamente que la economía no es una ciencia exacta y que sus predicciones se enfrentan a obstáculos, algunos de los cuales son comunes a muchas otras ciencias. Entre ellos, la carencia de datos y el contexto de «incertidumbre estratégica», son destacados por el autor.

En el siglo XX la economía se desarrolló sobre la hipótesis del *homo economicus*, es decir, suponiendo que quienes toman decisiones son racionales porque actúan en favor de sus propios intereses, haciendo uso eficiente de la información de la que disponen. Sin embargo, debe reconocerse que las decisiones suelen depender también de objetivos que van más allá del interés material. Desde hace dos décadas, la investigación en economía incorpora aportes del resto de las ciencias sociales y humanas para entender mejor la conducta de los individuos y de los grupos, así como las decisiones políticas. Los economistas han vuelto a la psicología a través de sus investigaciones en economía del comportamiento y en neuroeconomía. El capítulo cinco presenta brevemente hasta qué punto tener en cuenta la tendencia a aplazar decisiones, los errores en la formación de las creencias y los efectos del contexto enriquecen la descripción de las conductas económicas. El autor enfatiza la necesidad de que las diferentes comunidades científicas se esfuercen en comprender los fundamentos y métodos de las otras disciplinas, de modo de restablecer la convergencia en el estudio de la conducta humana que predominó hasta finales del siglo XIX. Tirole presenta una visión moderna de la economía «en movimiento», digna de su historia de innovación científica.

En relación con la concepción del Estado, inicia su análisis con lo que considera un hecho: ha cambiado. Su rol pasó de proveedor de empleo y productor de bienes y servicios a responsable de la determinación de las reglas del juego, sobre la base de la confianza en el funcionamiento del mercado y la consideración de la intervención estatal solo en los casos en que aquel falle. El autor rechaza tanto la supremacía del mercado como la del Estado. La economía está al servicio del bien común y su objetivo es lograr un mundo mejor. Del mismo modo, el objetivo del Estado no es sustituir al mercado sino generar más competencia vía óptima regulación. Diversos países han disminuido el tamaño de su gasto público sin resentir por ello la función de gobierno. Son ejemplos a seguir, del mismo modo que es inevitable la reducción del empleo público. Tirole ofrece así una respuesta intelectualmente honesta a una sociedad que, golpeada por la fuerte crisis de los últimos años, demanda soluciones y, muchas veces debido a las asimetrías de información

que tan a fondo ha investigado nuestro autor, se siente tentada a aprobar y aplicar recetas simplistas que podrían poner en peligro la organización político-social, sin solucionar sus problemas.

Tal vez hubiera sido interesante una definición del autor en relación con el otro gran componente del presupuesto público: la política tributaria, como herramienta que puede contribuir a enfrentar el desafío de mejorar la distribución de la renta, elemento clave para la estabilidad social, lesionando en la menor medida posible la eficiencia en la asignación de recursos.

En relación con la empresa, Tirole reconoce la necesidad de proteger a las partes interesadas que no controlan el proceso de decisión, de manera que los que sí lo hacen (accionistas, administradores y directivos) no los perjudiquen con sus elecciones. Sin embargo, la protección de todos los actores es con frecuencia imperfecta, ya que los contratos son incompletos, asimismo existe un problema de asimetría de información por parte del Estado. A diferencia de Milton Friedman, que advirtió que las empresas no deben hacer caridad con el dinero de los accionistas, y de Robert Reich, que afirmó que no deben sustituir al Estado, para Tirole, las acciones de responsabilidad social empresarial no son incompatibles con la economía de mercado. Por el contrario, son respuestas, descentralizadas y parciales, al problema del suministro de bienes públicos. Claramente, no serían necesarias en un mundo ideal en el que el Estado representase eficaz y eficientemente la voluntad del ciudadano; pero el mundo real deja mucho lugar para esas iniciativas.

En los capítulos que se ocupan de los grandes problemas económicos globales, pareciera que el autor se propone dejar un mensaje optimista: explica las causas de los males sociales actuales y las soluciones para el desempleo, el calentamiento global y el deterioro de la Unión Europea. Expone también cómo enfrentar el desafío industrial y trata de modo simplificado los problemas y las soluciones creados por situaciones de riesgo moral o selección adversa. Repasa los grandes lineamientos de la política regulatoria aplicable a las finanzas, los monopolios, los mercados, en general y del propio Estado.

El futuro de la Unión Europea también está presente en el libro. Se hace un balance de las crisis sufridas en su seno, incluida la de deuda soberana (casos de Grecia y Portugal) y la bancaria, que ha afectado a diversos países, pero especialmente a España, Irlanda o Chipre. Por otra parte, a las finanzas y su regulación se dedican dos capítulos. El autor, una vez más, define su posición afirmando que las finanzas son indispensables para la economía. Es un punto de partida honesto y realista, que no excluye la mejora en su regulación.

Y justamente porque Tirole confía en el mercado como institución organizadora de las transacciones económicas, es que destaca la importancia de defender la competencia. Lamenta que tanto sus partidarios como sus detractores suelen olvidar que la competencia no es un fin en sí misma. Es, en cambio, un instrumento al servicio de la sociedad.

La economía digital, por su impacto en las sociedades actuales, merece tratamiento individual en esta reseña. La digitalización de la sociedad está en el centro de los cambios económicos y sociales del siglo XXI. No puede menos que compararse la predicción de Tirole: modificará todos los aspectos de la vida humana, como ya lo ha hecho con las actividades económicas. La economía digital afecta a las relaciones comerciales, al derecho de propiedad intelectual, al derecho de la competencia, al derecho laboral, tributario y, en síntesis, la regulación pública. Además del extraordinario progreso tecnológico que genera, conlleva peligros que habrá que controlar. El capítulo catorce se ocupa de las estrategias de las empresas en los mercados digitales y los problemas a la hora de regular esos mercados. Se destaca que los costos de transacción han pasado a ser los relacionados con la lectura de las ofertas y la selección de socios, perdiendo peso los costos de transporte. El problema ya no es encontrar la mejor contraparte para hacer un intercambio, sino identificar, entre los millones de socios posibles, el que se ajusta del mejor modo a nuestras demandas. Las fuentes de información, casi infinitas, y el tiempo limitado del que se dispone, ponen en el centro del juego económico a las plataformas, como intermediarias que facilitan la búsqueda de socios. Ellas se constituyen en las herramientas de aplicación de la economía colaborativa, cuyo hilo conductor es el aprovechamiento de los recursos subutilizados.

Los efectos esperados del comercio electrónico sobre el funcionamiento de los mercados pueden plantearse como se indica a continuación. En primer lugar, los menores costos de búsqueda de los consumidores harán disminuir tanto el nivel de los precios como su dispersión. La reducción en los costos de comercialización favorecerá adicionalmente el descenso de los precios. En segundo término, existirá una mayor frecuencia de cambio y una menor magnitud en cada cambio de precio, debido a los menores costos de menú. Finalmente, disminuirán las economías de alcance en las compras debido a los menores costos de transporte. Por todo ello, ciertas estrategias perderán racionalidad económica mientras aparecerán otras nuevas, propias de los mercados digitales. Tirole considera que la elaboración de nuevas directrices del derecho de la competencia, adaptadas a las especificidades de estos mercados, exige considerar los dos lados del mercado conjuntamente y no analizar cada uno por separado, como en ocasiones hacen las autoridades de la competencia.

El nacimiento y consolidación de la economía digital también origina modificaciones en el mercado laboral. Éstas se relacionan, fundamentalmente, con el aumento del trabajo independiente y el desempleo. El problema, para nuestro autor, es que un puesto de trabajo requiere de una empresa que lo demande. Un dato inquietante, en el caso de Francia, es la escasez de empresas nuevas de alcance internacional. Para crear más empleo son necesarios una cultura y un contexto empresarial. Tirole no soslaya la responsabilidad de la educación superior en este tema, ya que destaca que se requiere tener universidades competitivas a nivel internacional, dado el cambio histórico de la economía, que ha puesto el conocimiento, el análisis

de los datos y la creatividad en el centro de la cadena de valor. Se pregunta si la sociedad se dirige hacia una generalización del estatus del trabajador autónomo, con la consecuente desaparición del asalariado, como predicen numerosos observadores. Su respuesta es que se producirá un desplazamiento progresivo hacia el trabajo independiente, pero sin que signifique la desaparición del asalariado.

Una preocupación social importante está dada por el posible incremento de la desigualdad provocado por la sociedad digital. En relación con la desigualdad entre personas, son muchos los economistas que han analizado la evolución de los salarios durante las cuatro últimas décadas. Los posgraduados universitarios han visto cómo sus salarios crecían exponencialmente y, en el caso de quienes han conseguido un título de grado (college), han aumentado, pero en menor medida que los anteriores. Para el resto, el nivel de retribución laboral se ha estancado y, a veces, disminuido. Esta polarización puede acentuarse en el futuro. Tirole reconoce que, en la economía moderna, los empleos muy calificados e innovadores seguirán llevándose la mayor parte de la renta.

Por otra parte, debe considerarse la desigualdad entre países. En un escenario extremo, los que sepan atraer a los principales actores de la economía digital podrán incorporarse a la cadena de valor de todos los sectores, apropiándose de grandes beneficios, mientras los demás se quedarán con las actividades menos rentables. Esta desigualdad resultará, al menos parcialmente, de las diferentes políticas públicas de enseñanza superior e investigación y, en un sentido más amplio, de la innovación. Pero también será resultado de las diferencias de presión impositiva. La movilidad de los talentos, totalmente globalizados, permitirá que opten por establecerse en los territorios que les ofrezcan las mejores condiciones, incluidas las fiscales. Deja planteado, de este modo, probablemente el mayor desafío para la gestión pública de las próximas décadas.

En los cinco capítulos finales se encuentra un conjunto de referencias académicas, de la mayor relevancia, sobre regulaciones sectoriales, área de notable experticia de Jean Tirole. Se incluye desde la política industrial a la tarificación de antiguos monopolios, como el ferroviario o el telefónico. El autor enfatiza que cada caso requiere una respuesta *ad hoc*, es decir, que no existe una teoría con una formulación válida generalizable, con la excepción de los principios fundamentales. Entre ellos, está el que señala la necesidad de obligar a la empresa a internalizar los costos sociales que genera, en la medida de lo posible, ya que reconoce que su cuantificación no es sencilla.

En conclusión, *La economía del bien común*, es un valioso esfuerzo del Premio Nobel de Economía Jean Tirole, que aporta al gran público un libro sobre un conjunto de temas importantes relacionados con el bien común, en lenguaje claro, dejando de lado los desarrollos rigurosos para el ámbito académico. La honestidad del autor se revela reiteradamente, abordando la problemática del rol del Estado en el mundo actual, sin caer en concesiones populistas. Su mensaje, por haber sido

escrito en Francia, país de tradición estatista, tiene un valor intelectual adicional. Cabe destacar también, especialmente, sus reflexiones sobre la economía digital y su influencia sobre el funcionamiento del mercado y de la actividad regulatoria del Estado en los próximos años.